

Sergio Silva G. ss.cc.

Prof. de la Facultad

ACCION PASTORAL DE LA IGLESIA Y EVANGELIZACION

I. EL CONTEXTO GLOBAL DE LA ACCION PASTORAL DE LA IGLESIA: ANTECEDENTES, OBJETIVOS, ESPIRITU

1. LA IGLESIA: ORGANIZACION Y MISTERIO

1 Vista desde fuera, la Iglesia aparece como una organización humana, semejante a otras organizaciones. Cada iglesia local tiene una tarea y se fija objetivos: liturgia, catequesis, asistencia social, etc.; para realizar esta tarea, se da una estructura de autoridad; tiene también, como toda organización, que preocuparse del bienestar de sus miembros.

2. Vista desde dentro, en la fe, la Iglesia se presenta, sin embargo, como un misterio, es decir, como una realidad en la que habita Dios: no al margen de la organización, sino en ella; pero sin coincidir exactamente con sus aspectos institucionales, sino trascendiéndolos y haciéndolos renovarse permanentemente para permitir una mejor y más clara presencia de Dios.

3. En su raíz última, el misterio de la Iglesia es un misterio de comunión. Comunión filial con Dios, acogido en la fe; comunión fraterna, realizada en el amor, con los creyentes y con todos los hombres, a quienes se reconoce como hijos de Dios. Comunión que es hecha posible por Jesús, Hijo de Dios y Hermano de todos los hombres. La Iglesia se constituye como la unidad indisociable de estas dos dimensiones, vertical y horizontal, de la comunión, vividas en plenitud por Jesús.

4. Así, la Iglesia no tiene sentido sin la fe, sin esta dimensión vertical de la comunión que nos refiere a Dios. Tampoco tiene sentido sin la dimensión horizontal de la comunión, que nos hace solidarios de todos los hombres, llamados a ser hijos de Dios, en especial de los creyentes. La Iglesia puede existir como comunión de hermanos, sólo porque en Jesús Dios se ha hecho nuestro Padre.

5. Pero, como Jesús, que vino no a ser servido sino a servir y a dar su vida como rescate por la multitud, la Iglesia no vive para sí, en el goce tranquilo de su misterio interior, sino que está para servir al mundo en lo que toca al Reinado de Dios. La Iglesia no puede establecerse en la quietud, porque el misterio de la comunión que la habita no estará cumplido mientras no se haya anunciado a todos

los hombres que están llamados a entrar en relación filial con Dios y, por lo tanto, fraternal entre sí.

2. LA EVANGELIZACION DEL MUNDO: ORIGEN Y DESTINO DE LA IGLESIA

6. Jesús es el Enviado (el Misionero) del Padre para realizar, en toda su vida y particularmente en su Muerte y Resurrección, el Reinado de Dios en la historia y para anunciarlo a Israel. A su vez, Jesús envía a sus discípulos, los "apóstoles" (enviados, misioneros), para que anuncien a todos los pueblos el Evangelio, es decir, la noticia admirable de que en Jesús se ha inaugurado ya el Reinado de Dios en la historia humana, y para que los inviten a aceptar este Reinado y a integrarse en la comunión filial y fraternal que él funda. La Iglesia, comunión que nace de la reunión de los apóstoles y de los que aceptan su invitación, prolonga a lo largo de la historia el envío (la misión) que Jesús dió a los Doce. La Iglesia es, así, fruto de la acción evangelizadora de Jesús y los apóstoles, continuada en la propia misión de evangelizar, que constituye el destino de la Iglesia.

7. "La tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia" (Sínodo de Obispos, Roma 1974). Pablo VI, que cita esta frase, comenta: "Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda" (EN 14). Poco más atrás había dicho: "la presentación del mensaje evangélico no constituye para la Iglesia algo de orden facultativo: está de por medio el deber que le incumbe, por mandato del Señor, con vistas a que los hombres crean y se salven" (EN 5).

8. Esta tarea de evangelizar, que constituye el destino de la Iglesia, no es fruto de la iniciativa de los hombres que componen la Iglesia; es misión dada por el Dios trascendente que se ha revelado en su Hijo Jesús. Tampoco su contenido —el Evangelio— es producto de los hombres, sino que es ese "patrimonio de fe que la Iglesia tiene el deber de preservar en toda su pureza" (EN 3). Por eso, "ningún evangelizador es el dueño absoluto de su acción evangelizadora, con un poder discrecional para cumplirla según los criterios y perspectivas individualistas, sino en comunión con la Iglesia y sus pastores" (EN 60): porque sólo en la comunión de la Iglesia encuentra el evangelizador el llamado de Dios a la tarea de evangelizar y el auténtico contenido del Evangelio.

9. La acción de evangelizar, de la que nace la Iglesia y que constituye su destino, no es, pues, obra de individuos aislados, sino de las comunidades vivas de Iglesia. Tampoco Jesús evangelizó aisladamente, sino que desde los comienzos mismos de su ministerio asoció a su tarea a los Doce, elegidos para estar con El —para constituir en su torno la primera comunidad de los creyentes en el Reinado de Dios que El proclamaba— y para enviarlos a proclamar el Evangelio de ese Reinado.

Es cierto que la acción misma de evangelizar es realizada por individuos. Pero "evangelizar no es para nadie un acto individual y aislado, sino profundamente eclesial (...). (El evangelizador), aun cuando se encuentra solo, ejerce un

acto de Iglesia y su gesto se enlaza mediante relaciones institucionales ciertamente, pero también mediante vínculos invisibles y raíces escondidas del orden de la gracia, a la actividad evangelizadora de toda la Iglesia" (EN 60).

10. En su acción evangelizadora, la Iglesia no debe ser fiel sólo al que la envía y al mensaje que Este le ha confiado; debe estar también atenta a los destinatarios del mensaje, a los hombres de cada tiempo y lugar, con sus culturas particulares, de manera que puedan recibir efectivamente y puedan hacer suyo el Evangelio de Jesús. Dice Pablo VI: "La evangelización pierde mucho de su fuerza y de su eficacia, si no toma en consideración al pueblo concreto al que se dirige; si no utiliza su "lengua", sus signos y símbolos, si no responde a las cuestiones que plantea, no llega a su vida concreta" (EN 63).

3. LA ACCION DE LA IGLESIA: EVANGELIZACION "AD EXTRA" Y ACCION PASTORAL "AD INTRA"

11. Aunque lo esencial de la misión de la Iglesia es la evangelización, no todo lo que la Iglesia hace es de hecho evangelización. Aun reconociendo la estrecha relación entre la formación de las comunidades de Iglesia y la acción evangelizadora, hay que distinguir en las acciones de la Iglesia dos polos fundamentales: las que están orientadas más bien "ad intra" (la acción comúnmente denominada pastoral) y las que están orientadas más bien "ad extra" (la evangelización propiamente tal) (ver EN 51, 52, 54).

12. Esta distinción se justifica, pues la Iglesia, una vez nacida como fruto de la evangelización y para la evangelización, debe organizarse jerárquica y colegialmente, debe celebrar en la liturgia y los sacramentos la fe que confiesa, debe profundizar, en la enseñanza a todos los niveles, los contenidos del Evangelio, y debe impulsar a los creyentes a comprometerse de variadas maneras en el servicio del mundo, en la construcción de la sociedad de hermanos y de la cultura.

13. La distinción anterior sería mal entendida si se la viera como mera yuxtaposición de dos tipos alternativos de acción de la Iglesia. Ambos son necesarios; no hay Iglesia sin la acción pastoral "ad intra", pero tampoco la hay sin la evangelización "ad extra". Ambos tipos de acción son necesarios, pero en la orientación final de todo el quehacer de la Iglesia permanece siempre la actividad evangelizadora "ad extra". Dicho de otra manera, no es la evangelización para la Iglesia, para ganar prosélitos, sino que la Iglesia es para la evangelización, para anunciar al mundo las maravillas de Dios que en Jesús nos ha trasladado de la muerte a la vida.

14. También se mal entendería esta distinción si se pensara que la Iglesia ya está evangelizada, trazando así una línea divisoria neta entre la Iglesia (los evangelizados) y el mundo (los que aún no se han abierto al Evangelio). Por el contrario, la Iglesia siempre necesita ser evangelizada; por otra parte, en el mundo ya hay operantes signos evangélicos que la Iglesia tiene que reconocer y valorar. Dice Pablo VI: "Evangelizadora, la Iglesia comienza por evangelizarse a sí misma.

Comunidad de creyentes, comunidad de esperanza vivida y comunicada, comunidad de amor fraterno, tiene necesidad de escuchar sin cesar lo que debe creer, las razones para esperar, el mandamiento nuevo del amor. Pueblo de Dios inmerso en el mundo y, con frecuencia, tentado por los ídolos, necesita saber proclamar "las grandezas de Dios", que la han convertido al Señor, y ser nuevamente convocada y reunida por El" (EN 15). Más adelante, casi al terminar esta exhortación apostólica, añade, refiriéndose al Espíritu de Dios: "(El) es quien hace discernir los signos de los tiempos —signos de Dios— que la evangelización descubre y valoriza en el interior de la historia" (EN 75).

4. ACCION Y CONTEMPLACION: LOS CRITERIOS DE LA ACCION PASTORAL DE LA IGLESIA

15. La Iglesia no se agota, sin embargo, en la suma de sus actividades ad intra y ad extra. La Iglesia es el misterio de la comunión de los hermanos con el Padre Dios, por medio de Jesucristo. De aquí, la contemplación del misterio de Dios revelado en Jesús debe constituir para la Iglesia, también para su quehacer pastoral y evangelizador, la meta última, el fin que es don de Dios, pero al que deben converger todos los objetivos de la acción humana de la Iglesia. No basta con el momento contemplativo que debe hallar su lugar en la liturgia, en la enseñanza, incluso en la acción solidaria. Es preciso que la Iglesia cultive la dimensión contemplativa por sí misma, para poder penetrarse íntimamente del Espíritu de Dios, que Pablo VI llama "el agente principal de la evangelización" y "el término de la evangelización: solamente él suscita la nueva creación, la humanidad nueva a la que la evangelización debe conducir..." (EN 75). La acción pastoral de la Iglesia será "apostólica" (es decir, procederá de la misión que Jesús le ha dado) si encuentra su fuente en la contemplación y si conduce a ella; si evangelizador y evangelizados logran la comunión en la contemplación del misterio de Dios revelado en Jesús de Nazaret.

16. La contemplación dará a la Iglesia y a cada uno de sus agentes pastorales los criterios adecuados que deben orientar su acción pastoral. Estos criterios se concentran en Jesús; El es el modelo de Pastor que la Iglesia debe seguir. La contemplación permitirá descubrir en Jesús los criterios concretos para la acción pastoral. Quizás estos criterios se pueden agrupar y precisar de acuerdo a las distintas etapas que se puede reconocer en la existencia de Jesús: su Encarnación, su vida en Nazaret dedicado al hogar, al trabajo y a la maduración humana y religiosa; su ministerio público de a lo más tres años; su Muerte y Resurrección.

II. EL PROCESO DE LA ACCION PASTORAL DE LA IGLESIA

17. Siguiendo a Pablo VI conviene distinguir en el análisis del proceso de comunicación del Evangelio los cuatro aspectos siguientes: el contenido del men-

saje, los medios de su transmisión, los destinatarios y los agentes de la acción evangelizadora (ver los capítulos 3, 4, 5 y 6, respectivamente, de EN). En lo que sigue van algunas indicaciones muy sumarias.

1. ACERCA DEL CONTENIDO DEL MENSAJE EVANGELICO

18. El contenido del Evangelio que anuncia Jesús es la llegada inminente del Reinado de Dios para Israel, pero, a través de Israel, para todas las naciones. Y, en Israel, particularmente para los pobres, los pecadores, los pequeños y los marginados de toda especie. Reinado que se hace presente en toda la vida de Jesús: en sus contactos con los pecadores, en su predicación, en las obras que acompañan a su predicación como curaciones, exorcismos, multiplicación de los panes, etc.

Una vez muerto y resucitado, la comunidad apostólica anuncia el Evangelio de la salvación realizada en la Pascua de Cristo, en su muerte y resurrección y en su posterior elevación y constitución como Señor. Salvación que es el inicio real de la plena comunión con Dios, quien libera del pecado, del demonio y de todo lo que oprime al hombre (ver EN 8-9).

19. Este contenido no es, sin embargo, mera doctrina intelectual. Es el anuncio de un hecho —el hecho de Jesús de Nazaret constituido Señor— revelado por los Profetas en la historia de Israel y prolongado en los hechos de la vida de la Iglesia, en espera del hecho definitivo que constituirá la segunda venida del Señor. Por eso, la evangelización es a la vez, e indisolublemente, la acción de anunciar el Evangelio de Jesús —el que El anunció y el que se refiere a El— y la transformación de toda la vida humana de acuerdo a ese Evangelio. La evangelización no es plena sino cuando los que acogen el Evangelio transforman su vida entera, tanto personal como social y cultural, desde la raíz interior de su corazón, según el Evangelio. Dice Pablo VI: "Evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad" (EN 18). En este contexto hay que entender la necesidad de que la fe de los cristianos se haga activa también en el campo social y político, mediante la búsqueda de caminos de liberación (ver EN 30-39).

20. Pablo VI llama la atención sobre la importancia de la evangelización de las culturas del hombre, de ese medio ambiente —producto del hombre— en que el hombre se desarrolla y crece y que marca tan fuertemente y para siempre su mentalidad, su manera de ver la vida, sus actitudes básicas. "Para la Iglesia, dice Pablo VI, no se trata solamente de predicar el Evangelio en zonas geográficas cada vez más vastas o poblaciones cada vez más numerosas, sino de alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que estén en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación. Posiblemente podríamos expresar todo esto diciendo: lo que importa es evangelizar —no de una manera decorativa, como con un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raf-

ces— la cultura y las culturas del hombre en el sentido rico y amplio que tienen sus términos en la *Gaudium et Spes*, tomando siempre como punto de partida la persona y teniendo siempre presentes las relaciones de las personas entre sí y con Dios" (EN 19-20).

21. El Reinado de Dios y la salvación que trae consigo son indisolublemente don y tarea. Ya la vida misma la hemos recibido como un don, pero un don que implica una tarea: desarrollar la vida y respetar absolutamente la vida del hombre. Algo análogo ocurre con nuestra libertad como personas: es un don, pero tenemos al mismo tiempo que conquistarla, haciéndonos poco a poco más libres. Por último, el amor de Dios, su gracia, la posibilidad de entrar en comunión con El, todo esto que constituye el don por excelencia, algo que ningún hombre jamás podrá conquistar por sí mismo, es, sin embargo, también tarea: ese don de Dios no lo podremos recibir y acoger si no nos esforzamos por entrar en la comunión con Dios, si no amamos a los hombres a quienes vemos, si no perseveramos en la búsqueda de Dios en la oración, si no tratamos de hacer en todo su voluntad. En palabras de Pablo VI: "Este Reino y esta salvación (...) pueden ser recibidos por todo hombre, como gracia y misericordia; pero a la vez cada uno debe conquistarlos por la fuerza (...), con la fatiga y el sufrimiento, con una vida conforme al Evangelio, con la renuncia y la Cruz, con el espíritu de las bienaventuranzas. Pero, ante todo, cada uno los consigue mediante un total cambio interior, que el Evangelio designa con el nombre de 'metanoia', una conversión radical, una transformación profunda de la mente y del corazón" (EN 10).

22. El anuncio del Evangelio incluye, por lo tanto, junto a la proclamación del don de Dios, un llamado a la transformación de la raíz de la persona, sin la cual no hay verdadera acogida del Evangelio. Esta tarea de transformación parte siempre de la conversión del corazón; pero, desde ahí, debe irradiar a todos los dominios de la existencia del hombre: su conducta personal, su sociedad y su cultura, la Iglesia y la comunidad concreta en la que vive y celebra su fe. La acción evangelizadora tiene, pues, que proponer a sus destinatarios, como elemento integrante de su contenido, un cierto programa de construcción de la Iglesia y la comunidad y de transformación de la vida personal y de la sociedad.

Es cierto que en el Evangelio no hay modelos o recetas para construir la Iglesia y la sociedad. Sin embargo, cada generación de cristianos, organizados jerárquicamente, debe esforzarse por transformar su sociedad inspirándose en el Evangelio y teniendo en cuenta las necesidades de los distintos grupos sociales, especialmente de los pobres, y los recursos con que se cuenta; y debe construir su Iglesia local —comunidad de base, parroquia, diócesis, Iglesia a nivel nacional o continental— reproduciendo creadoramente en su circunstancia histórica particular los rasgos permanentes de la Iglesia de Jesucristo. Estos "proyectos" de Iglesia y sociedad —que en el fondo son objetivos de la acción evangelizadora— deben adquirir en cada generación cristiana una cierta consistencia, deben poderse formular de modo que expresen y promuevan el consenso de los cristianos animados por el Espíritu de Dios.

2. ACERCA DE LOS MEDIOS DE COMUNICACION DEL EVANGELIO, SUS AGENTES Y DESTINATARIOS

23. Pablo VI enumera varios medios de evangelización: la predicación explícita del Evangelio, que nunca puede faltar, especialmente en la homilía de la liturgia de la Palabra en la celebración de la Eucaristía y los demás sacramentos; la enseñanza catequética (a la que se dedicó la reflexión del Sínodo de Obispos de 1977); el uso de los medios de comunicación social, que permiten una proclamación colectiva del Evangelio, pero también el indispensable contacto personal; luego destaca Pablo VI la importancia de los sacramentos como medios de evangelización, debido al hecho de que la predicación y la enseñanza no agotan el anuncio de un Evangelio que es para la vida, natural y sobrenatural, del hombre; por último, nombra entre los medios la religiosidad popular, que él prefiere llamar piedad popular (EN 42-48).

24. Pero antes de todos estos medios Pablo VI señala uno que debe estar en la raíz de todos los demás, sin el cual no puede haber eficacia evangelizadora: el testimonio de la vida, es decir, la consecuencia, la adecuación de la vida entera de los agentes pastorales y de los medios que emplean en la evangelización, con los contenidos que proclaman: "para la Iglesia el primer medio de evangelización consiste en un testimonio de vida auténticamente cristiana, entregada a Dios en una comunión que nada debe interrumpir y a la vez consagrada igualmente al prójimo con un celo sin límites" (EN 41; ver también el comienzo de EN 21). Poco más adelante dice: "Será sobre todo mediante su conducta, mediante su vida, como la Iglesia evangelizará al mundo, es decir, mediante un testimonio vivido de fidelidad a Jesucristo, de pobreza y desapego de los bienes materiales, de libertad frente a los poderes del mundo, en una palabra: de santidad" (EN 41). Hacia el final de la exhortación vuelve con mayor insistencia: "Hoy más que nunca el testimonio de vida se ha convertido en una condición esencial con vistas a una eficacia real de la predicación. Sin andar con rodeos, podemos decir que en cierta medida nos hacemos responsables del Evangelio que proclamamos" (EN 76).

25. Evangelizar no es sólo proclamar el Evangelio, sino que es transmitirlo, es decir, esforzarse por hacerlo llegar efectivamente a sus destinatarios, para que éstos, recibéndolo verdaderamente, se conviertan y transformen su vida personal y su vida colectiva, cultural y social. De aquí la importancia de atender, en la predicación del Evangelio, a la situación psicológica, social, económica, política y cultural de los destinatarios, de manera de proclamarles el Evangelio en un lenguaje que les sea comprensible; "lenguaje" que, como dice Pablo VI, "debe entenderse aquí no tanto a nivel semántico y literario cuanto al que podría llamarse antropológico y cultural" (EN 63; ver la cita de otra frase de ese mismo párrafo de EN en el n. 10 de este escrito). Una transmisión verdadera del Evangelio a sus destinatarios tiene también como resultado que éstos, más que ingresar a la Iglesia —como si ésta estuviese definitivamente terminada y hubiese alcanzado ya la altura de su Cabeza,

Cristo (ver Ef 4,15)—, pasan a ser miembros activos en su construcción, poniendo sus carismas al servicio de la comunidad.

26. Lo anterior significa que la evangelización —y su consecuencia de construcción de la comunidad de Iglesia— no es obra de algunos especialistas sino de la Iglesia entera, como subraya Pablo VI (EN 59-60 y 66). Sin embargo, al interior de esta misión que es de toda la Iglesia, aparecen diversas tareas evangelizadoras y los correspondientes especialistas. “Esta diversidad de servicios en la unidad de la misma misión constituye la riqueza y la belleza de la evangelización” dice Pablo VI (EN 66). Entre estos diversos servicios están primero los del Papa, de los obispos unidos a él y entre sí, de los sacerdotes; luego también el de religiosos y religiosas que, independientemente de la acción pastoral que puedan desempeñar, “tienen en su vida consagrada un medio privilegiado de evangelización eficaz” y “asumen una importancia especial en el marco del testimonio” (EN 69); los laicos tienen un puesto propio en la tarea evangelizadora: “el campo propio de su actividad evangelizadora es el mundo vasto y complejo de la política, de lo social, de la economía, y también de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los medios de comunicación de masas, así como otras realidades abiertas a la evangelización como el amor, la familia, la educación de los niños y jóvenes, el trabajo profesional, el sufrimiento, etc.” (EN 70). El capítulo termina señalando, entre los laicos, la familia y la juventud como importantes agentes evangelizadores (EN 71 y 72).